

## Rodríguez García, Ramón (2024). *La metafísica del siglo XX. Tecnos*

Sabela Martínez González

Universidad Complutense de Madrid / Consejo Superior de Investigaciones Científicas  

<https://dx.doi.org/10.5209/asem.104325>

Frente a la ya clásica manera, popularizada por Hobsbawm, de referir al pasado siglo como ‘el corto siglo XX’, el retrato trazado de tal periodo en *La metafísica del siglo XX* nos muestra que se trata de un largo y fructífero período cuando tomamos como hilo su pensamiento metafísico.

Haciendo dialogar a posturas filosóficas aparentemente dispares, Rodríguez señala hacia una unidad subyacente a en la heterogénea obra filosófica de este tiempo. Junto a dicha labor, al ser este trabajo una refundición de textos que el autor ha escrito a lo largo de su trayectoria, encontramos también el íntimo proyecto de rastrear ese mismo sentido unitario en la diversidad de temas que han movido sus más de cinco décadas de investigación. Lejos de que esto convierta al libro en una antología, sus trece capítulos –organizados en cuatro nervios temáticos– ofrecen una mirada completa a la contribución de las tradiciones fenomenológica y hermenéutica, exponiendo cómo se dirigen rumbo a dar un nuevo sentido a la idea aristotélica de una *filosofía primera*. De esta manera, el autor desafía la forma en que esta época se autodefinió tantas veces como «post-» o «anti-metafísica». Con la mirada puesta en su preguntar ontológico, asistimos a una forma de presentar al siglo XX desde cuyas coordenadas este se revela como un proyecto decididamente metafísico: este es, en suma, el objetivo central de *La metafísica del siglo XX*.

La primera sección temática, titulada ‘Ser’, indaga los modos en que la fenomenología ha tratado del concepto de *ser*, así como el lugar de tal reflexión en la obra de los autores a los que acudirá. Guiado por la idea de que hay en él un claro y permanente interés ontológico más allá de su teoría del conocimiento, este recorrido se abre con una aproximación al pensamiento de Husserl. Ahora bien, en el ejercicio tratar de aclarar cuál es, en su pensamiento, el sentido de *ser* que opera –cuya base no será otra que la acepción general de objeto– aparece una ambigüedad: ¿puede extenderse la categoría de *ente* a la conciencia pura, ámbito donde se manifiesta todo objeto? En esa vacilación se inaugura la búsqueda de un terreno más radical que el *ser*, fundamento del ulterior proyecto de “superar la ontología” que será ensayado, en los siguientes capítulos, por Lévinas y Marion. Así, asistimos tanto en *Totalidad e Infinito* –de la mano de la alteridad– como en *Reducción y donación* –de la mano de la reducción del mismo *ser*– a un proyecto de radicalización de la indagación husserliana que funda, al calor de la reflexión sobre la subjetividad trascendental, un ámbito que se exceptúa del *ser*.

Con espíritu afín se presenta el programa orteguiano de una renovación filosófica. En su seno, el descubrimiento de la vida como realidad radical y la genealogía orteguiana del *ser* –que remite en última instancia a la forma vital en crisis de la Grecia del siglo IV a. C.– termina por revelar el carácter derivado del concepto de *ser*, que emerge sólo cuando el vivir adopta la distancia teórica. Ahora bien, Rodríguez muestra que a esta excursión histórica no sigue un abandono de la ontología, sino la institución de una nueva en torno a la vida misma.

Finalmente, en el capítulo dedicado a Millán-Puelles, Rodríguez rescata su obra temprana de elaborar una ontología de los hechos históricos, cuyo peculiar existir está caracterizado siempre por una cierta permanencia del pasado en el presente. Echando mano de conceptos ontológicos de la tradición aristotélico-tomista, Millán-Puelles da cauce a la forma híbrida de esta forma de *ser virtual* que es simultáneamente un *no-ser-ya* y, sin embargo, en tanto que eficaz en el presente, *ser-todavía*.

Da paso, así, a la sección titulada “Hermenéutica”, que retoma la cuestión sobre el modo de *ser* de lo histórico desde la perspectiva hermenéutica. A primera vista, resulta irónico que una corriente conocida por su talante anti-metafísico ocupe un lugar central en un libro dedicado, precisamente, a la metafísica del siglo XX. Rodríguez, veterano intérprete de esta tradición, convierte esa aparente contradicción en

uno de los núcleos más sugerentes de su obra. Tras denunciar las pretensiones de validez absoluta, totalizante y atemporal de la metafísica, la hermenéutica, pretendiendo instituirse en un nivel de meditación más fundamental, asume de forma paradójica un nivel de reflexión que reclama la función propia de una *philosophia prima*. Así, el vínculo entre ambas, lejos de ser puramente negativo, se muestra tenso, fecundo y, finalmente, indisoluble.

Para indagar en esta intrincada relación con la metafísica, así como la radicalización de la fenomenología que supone la hermenéutica, se ahonda en el lugar que ocupa la *historicidad* en la obra de Gadamer. Situando el pasado como un horizonte fecundo que media la comprensión, la tradición deja de ser obstáculo para convertirse en condición de posibilidad para toda experiencia de sentido. Entonces, la hermenéutica no se limita a oponerse a la metafísica y a la fenomenología, sino que las transforma y se las apropia. desde estas coordenadas, las cuestiones metodológicas, que usualmente se consideran en un plano secundario y derivado del plano ontológico de la comprensión en que la hermenéutica se instala, son puestas sobre la mesa. Pese a insistir en que *comprender* es un hecho existencial y no un procedimiento técnico externo, la hermenéutica no rehúye la reflexión metodológica; antes bien, su propio “método” consiste en la *apropiación* de los prejuicios de la tradición.

Desde estas coordenadas, se elabora un recorrido por distintas voces, pasando por el proyecto de Dilthey de elaborar una crítica de la razón histórica, la hermenéutica de la existencia heideggeriana, la llamada “vía larga” de la ontología hermenéutica de Ricoeur o el *pensiero debole* de Vattimo. Culminando dicho recorrido, este último muestra una versión de la hermenéutica auto-concebida como resultado de la historia del ser. Si la historia de la metafísica nos muestra su tendencia a absolutizar el carácter originado de sus estructuras, la hermenéutica –consciente de ese devenir– se revela como la filosofía propia de la modernidad tardía: pensamiento consciente que asume la disolución de las estructuras sólidas heredadas.

Continuando en cierto modo esta problemática metodológica, el tercer núcleo, titulado “Metafísica y metáfora”, indaga en la metáfora como forma de pensamiento mediante el cual acceder al nivel último de reflexión metafísica. De esta suerte, Rodríguez pone en el centro el pensamiento de tres autores exponiendo las *metáforas absolutas* que emplean para dar expresión a su nivel de radicalismo.

En primer lugar, la metáfora orteguiana del “naufragio” trata de expresar la condición ontológica de la vida misma, de la cual nace el “programa extranatural del hombre”: precisamente porque la existencia se experimenta como zozobra, la técnica y la cultura emergen contra esta inadaptación de principio con el medio para habilitar un mundo habitable. En continuidad con este recurso, las siguientes metáforas exploradas –la “inhospitalidad” [*Unheimlichkeit*] de Heidegger y las “entrañas” de Zambrano– realizan el mismo movimiento de camino hacia las raíces para apresar y nombrar la originaria condición humana. Ambas, en su radical singularidad, son presentadas no como una *nueva* situación originaria que contraponer al naufragio, sino como señalando hacia un nivel de profundidad distinto que, sin negar aquel, tratan de pensarlo “hacia atrás”. La extrañeza de la inhospitalidad nombra, así, a un movimiento de salida de sí que, previamente a toda determinación del naufragio que ya se encuentra aleteando, indica que la indeterminación misma, el momento negativo de la “nada”, es ya lo constitutivo en nuestra forma de implantación en la existencia. Zambrano, por su parte, desplaza la figura hacia el interior: sus entrañas designan un estrato pre-reflexivo que no se trata de la extrañeza ante un medio adverso, sino de una conmoción visceral que precede a cualquier conciencia, decisión o voluntad, e incluso a cualquier *sentirse*.

Para cerrar el volumen, Rodríguez nos ofrece un excursus por el siglo XXI a la luz del *Nuevo Realismo*. A propósito de la querrela de este con el posmodernismo, se revalida también en nuestro periodo la absoluta centralidad de cuestiones tradicionales de la metafísica que caracterizó al siglo pasado. Esta corriente se alza contra un amplio proceso de «deflación» de realidad y verdad –del cual el posmodernismo no es más que su rostro filosófico. De esta suerte, el blanco del libro en que se apoya este capítulo –*Recuperar el realismo* de Taylor y Dreyfus– no es tanto dicho posmodernismo cuanto la tradición epistemológica anglosajona y su constructivismo dominante. Reconstruyendo la propuesta de estos autores, Rodríguez muestra que el reto consiste en extraer y tematizar la pre-comprensión realista implícita en la actitud natural de las ciencias para poder elevarla a tesis filosófica discutible. En este sentido, cuando la visión popular de la ciencia insiste en que «las cosas no son como aparecen», sino que para una visión objetiva de la realidad hemos de esperar a la intervención de los enunciados de aquella, desembocamos en un constructivismo antirrealista. Desde estas coordenadas, la defensa de un *agente encarnado*, cuyo trato práctico con el mundo verifica constantemente su “realidad”, se enfrenta tanto a un idealismo explícito como a este “realismo científico” que, en nombre de la ciencia, opone “lo verdaderamente real” a “lo que se nos da”.

Conectando estos hallazgos con el resto del contenido del libro, Rodríguez concluye que el *Nuevo realismo* aporta poco que no estuviera ya en las tradiciones hermenéutica y fenomenológicas exploradas en él. En este sentido, hay *nuevos realistas*, pero es dudoso que exista un *nuevo realismo*. Ahora bien, con esta conclusión se cumple la promesa señalada en el prefacio, donde el autor recordaba una pregunta de sus antiguos alumnos: ¿puede la metafísica caer en el olvido?

A lo largo de esta obra, el siglo pasado ha comparecido como «siglo de oro» de la metafísica, aunque paradójicamente hubiese sido vivido en clave de ocaso. Si algo nos muestra el siglo XX retratado por Rodríguez, donde un *pathos* anti-metafísico termina por informar a una de las épocas más decididamente metafísicas, es que difícilmente se puede responder afirmativamente al mencionado interrogante; pues la filosofía, como intervenía Gilson repetidas veces en el curso de *La metafísica del siglo XX*, siempre entierra a sus enterradores.